

por ello una forma de cultura distinta de la que siempre nos ha sido presentada como modelo a realizar.

Distinta de la cultura que lejos de ser nuestra por asimilación, nos hace parte de ella por obligada incorporación, dominio, coloniaje. Y ha de ser esta expresión de la cultura —la propia de nuestra situación— la que ha de dar origen, en el enfrentamiento con esta su situación, a formas de expresión que acaben siendo las de la liberación, no ya las del dominio. Expresión de la libertad, ya no sólo de este o de aquel hombre, sino pura y simplemente del Hombre.

Hacer consciente esta realidad, más allá del nivel nacional, a nivel latinoamericano, es uno de los principales problemas a discutirse en la reunión que se inicia. Y en este sentido es importante destacar la coincidencia de los puntos de vista de la casi totalidad de los ponentes y comentaristas cuyos trabajos vamos a discutir. Conciencia de la cultura como una realidad a partir de la cual ha de ser ella misma transformada. Y cuando se habla de la difusión de la cultura, no se está hablando de la cultura en abstracto, sino de la cultura como expresión de una realidad que sentimos insuficiente. Una realidad frente a la que nos mostramos insatisfechos y que vemos, por lo mismo, urgida de cambio. Esto es, la cultura como expresión de nuestro modo de ser hombres. Un modo de ser que debe ser transformado, y que lo será en la medida en que la difusión de esta conciencia haga a otros muchos hombres partícipes de una tarea que ha de serles común.

Pero aquí cabe otra interrogante ¿es posible hacer difusión cultural que no sea a su vez esclava del sistema, cuando este sistema no es afectado en su conjunto? En otras palabras ¿podremos dejar de hacer cultura del subdesarrollo si antes no vencemos físicamente el subdesarrollo? Por supuesto que sí: lo estamos haciendo, lo hemos hecho y debemos continuar haciéndolo, si consideramos esta cultura, no ya como algo estático, sino dinámico; o sea, como expresión de los esfuerzos insistentemente renovados para tomar conciencia de nuestra realidad, de tal forma que la misma vaya permitiendo su transformación. Vale decir, no caer ya más en la acción anárquica, simplemente destructiva, sino ajustarse a

la acción de quien sabe lo que quiere cambiar y a dónde trata de llegar en este cambio.

El cambio en nuestra realidad no ha de producirse por generación espontánea. Nunca ha sido así en la Historia de la Humanidad, y nuestra Historia, como parte de la misma, no tiene por qué ser distinta. Todo sistema va preñado de su contradicción y ha de ser la conciencia del uno y de la otra la que ha de hacerse patente en las expresiones de nuestra cultura. No podemos seguir esperando el milagro, esto es, el cambio, la transformación, sin conciencia del mismo. No podemos seguir siendo esto o lo otro por simple imitación. Liberales ayer, socialistas hoy, tratando de imitar tal o cual sistema, pasando de una subordinación a otra sin transición. El liberalismo ayer, como el socialismo hoy, no han sido ni son otra cosa, que expresión de la conciencia del hombre enfrentada a una realidad que ha debido cambiar con su acción. Cambios nacidos de la conciencia de un conjunto de necesidades, no de un simple acto de imitación, de un deseo de estar al día. Y es de nuestra realidad, y su conciencia, que han de surgir las soluciones apropiadas.

Sobre las formas como esta cultura ha de ser difundida entre nuestros pueblos se abundará a lo largo de esta Conferencia. Las vías para su difusión son múltiples, como múltiples son también las expresiones de esta cultura. Lo importante, sin embargo, es que podamos delinear una política cultural latinoamericana, a través de la cual se pueda formar conciencia de la unidad de metas y soluciones por alcanzar, como consecuencia de la ineludible unidad de sus problemas. Contamos, en nuestros días, con poderosos instrumentos de información y difusión, a través de los cuales una política cultural, como ésta de que hablamos, podría alcanzar dimensiones insospechadas. Instrumentos que no estuvieron al alcance de los grandes líderes de la libertad en Latinoamérica, y que ahora posibilitan el viejo sueño de la unidad de nuestros pueblos.

Para terminar, hago votos porque esta Segunda Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, alcance, a través de la cultura, otra forma de unidad para nuestros pueblos, que no sea ya la del despotismo y la subordinación.

Demagogia y política cultura *

Por Leopoldo Zea

Al terminar esta reunión quiero, antes que nada, agradecer la colaboración de la universidades latinoamericanas así como la de los ponentes y comentaristas que con su activa presencia la han hecho posible dándole una dimensión especial.

La difusión cultural, o extensión universitaria, ha sido vista como el canal de comunicación entre las universidades y la sociedad de la que éstas son parte ineludible. Un canal de comunicación, en doble sentido, a través del cual las universidades reciben las señales y expresiones de la sociedad, y al través del cual, también, regresan a la misma estas señales y expresiones racionalizadas. No más la universidad que, graciosamente otorga este o aquel servicio, sino la Universidad como parte activa de la misma. No más la universidad formada por una élite platónica, extraña a la comunidad en la que sólo buscaba plasmar una determinada idea. De allí la insistencia en esta reunión respecto a que términos como el de difusión resultan insuficientes para expresar esta idea de la universidad y su carácter de servicio en la comunidad.

Y ha sido, precisamente, esta concepción respecto a la tarea universitaria de difusión o extensión, la que ha originado actitudes que pudieran alarmar a quienes aún sostienen la idea de la Universidad como simple instrucción, esto es la idea de la Universidad militante. Militante, esto es, participante activa, desde su propio punto de vista, en las tareas de la sociedad. De aquí que muchas de las declaraciones y recomendaciones presentadas y aprobadas en esta reunión tengan una innegable expresión política. La expresión propia de la realidad en la que nuestras universidades están insertas, expresión que no debía sernos extraña, por novedosa que parezca, ya que nuestros próceres, nuestros abuelos en el campo de la cultura, de esa cultura que ha de ser alimento de nuestras universidades, fueron al mismo tiempo, hombres de pensamiento y hombres de acción, hombres prestos a tomar lo mismo la pluma que la espada para mejor servir y salvar la circunstancia que les había tocado en suerte, la de esta América que ahora es nuestra.

Declaraciones y recomendaciones políticas que serán demagógicas en la medida en



que se queden en eso, en simples declaraciones y recomendaciones. Es ya un hecho, y los resultados de esta reunión lo demuestran, que las universidades no pueden ya apartarse de los problemas de la comunidad que las hace posibles. Pues ha sido esta realidad, la que al golpear sobre los viejos muros universitarios, ha provocado la crisis a que ninguna institución de cultura superior ha podido escapar. Es esta misma realidad la que ha lanzado a los universitarios a la calle ofreciendo o solicitando ayuda. La universidad se ha politizado, la política no puede ser ya extraña a las mismas. Sin embargo, lo importante será no perder la función propia de la universidad. Esto es su capacidad racionalizadora. La universidad ha de ser política, en un sentido que se ha anticipado, pero no un partido político, ni tampoco instrumento de éste o aquel partido político. Su función ha de ser racionalizadora, crítica, de esta o aquella realidad. De allí la importancia de la autonomía. Militancia sí, pero militancia crítica como posibilidad permanente de transformación de nuestras sociedades.

A nivel latinoamericano, la preocupación central de esta reunión ha sido la de intercomunicación de estos canales abarcando a todos nuestros pueblos. La búsqueda de medidas que permitan la integración cultural de esta nuestra América. Esto es, la realización, por la cultura, de viejos sueños. Sueños que para ser realizados han de contar con la realidad sobre la que se trata de actuar. Y aquí nos hemos encontrado una vez más, con los obstáculos políticos, sociales, económicos y culturales a vencer. Por ellos hemos hablado de la subordinación que mantiene a nuestros pueblos en el subdesarrollo e impiden su integración en un sistema más justo que abarque a toda nuestra América. Subordinación, dominio, subdesarrollo, imperialismo, son expresiones con las que hemos tenido que hacer referencia a la realidad que tratamos de transformar. Buscando un sistema que permita la integración de la cultura latinoamericana, hemos tenido que señalar los obstáculos que lo impiden, como impiden toda forma de integración. Una vez más, hemos tenido que hacer política, o al menos expresarnos políticamente. En otras palabras, en lo nacional y en una dimensión latinoamericana, hemos tenido que hacer y tendremos que seguir haciéndolo, política de la cultura.

Mis deseos, para terminar, son que las declaraciones y recomendaciones aprobadas no queden como tales sino se busque su realización, por cada uno de los presentes en este o en aquel lugar de América.

Hacia la Universidad Crítica

Por Abraham Nuncio

La Universidad, en este siglo, acude a la crisis de las estructuras sociales haciendo acopio de una cada vez más rigurosa capacidad crítica. En América Latina, y concretamente a partir de los fermentos que generaron la célebre reforma de Córdoba de 1918, sus argumentos y posiciones la llevan a desempeñar el papel que hoy se le reconoce en el esclarecimiento político y social de la realidad que viven los países del continente.

De institución vegetativa que fue, pasa a ser, si bien dentro de las limitaciones que el propio contexto social le impone, movilizado reducto de la actividad enjuiciativa y militante de los procesos que en él se verifican. Rompe con la estructura que la confinaba a los claustros académicos aislados de la comunidad y quiere vincularse a ésta para influir en criterios distintos de lo que el sistema le imprime. Siguiendo a los estudiantes (convertidos de inocua estudiantina en cuerpo contestativo) se propone, como dice Leopoldo Zea, "ganar la calle".

La Segunda Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, organizada bajo los auspicios de la Universidad Nacional Autónoma de México por la Unión de Universidades de América Latina, reseñó vastamente el hecho. Los intelectuales que participaron en su desarrollo lo sometieron a análisis y emitieron aportes de indudable importancia sobre sus perspectivas.

La educación y la cultura que la informa, ambas han respondido en América Latina a las exigencias y cosmovisión de la clase dominante. Hasta la Independencia, las emanaciones de la cultura europea más medievales privaron en las colonias. Y las universidades que en ellas se crearon debieron aceptar el modelo de Universidad impuesto por los conquistadores: el escolástico derivado de la Universidad de Salamanca, que es el que rige en España, y por tanto la educación fundada en los valores feudales que traduce y mantiene la Iglesia católica. Más tarde, los cambios que se operan en el proceso general del capitalismo y que afectan de manera directa a los países periféricos (entre ellos los latinoamericanos), infiltran la crisis que encumbra a la burguesía al dominio social. Esta crisis se refleja en la Universidad, que terminará por transformar su estructura para adecuar-

se a las nuevas condiciones. Su modelo anterior cede al modelo de Universidad creado por Napoleón: laico, profesionalizante, burocrático. Con todas las modificaciones que se le han hecho, éste es el modelo que prevalece hasta nuestros días.

Habla el chileno Domingo Piga: "Las universidades Latinoamericanas, surgidas, o modernizadas, en el apogeo de la sociedad burguesa del siglo XIX, respondieron, en su ideología, en su doctrina y manifestación de política universitaria, a la clase a la cual estaban destinadas a servir." Añade: "La sociedad burguesa necesitó de ciertas profesiones que reprodujeran y perpetuaran su estructura económica, sus estructuras políticas y formas sociales y fundamentalmente adoptó una ideología que representaba la ideología capitalista. Lo que universitariamente no servía, como disciplina científica útil al sistema de esa sociedad capitalista, fue desechado. La clara tendencia de nuestras universidades fue el profesionalismo. Esta característica tecnicista provocó la desvinculación del conocimiento científico con el fenómeno social, típica ideología de carácter analítico, contraria a la ideología humanista de conocimiento, con lo cual se produce la dispersión y la forma tecnicista de especialización del saber".

El carácter fragmentario de la concepción burguesa de las cosas sirve a la alienación social y cultural. La educación universitaria lo recoge y aun lo profundiza. Separa a la actividad teórica de la práctica; a la docencia de la investigación y a éstas de la extensión, que apenas empieza a ser considerada seriamente en los programas de la Universidad. Da a la cultura una existencia espontánea distanciándola de sus elementos genéticos reales: la considera como un éxito del espíritu y la destina al consumo de los pocos que lo polarizan y ejercen. De esta manera corrobora la falacia que divide a la cultura en popular y superior, permaneciendo por tanto en los dominios de ésta sin atreverse a mezclarse con aquélla.

Serán las nuevas condiciones históricas (internas y externas) las que motiven una reorientación en la actitud de las universidades. "Sobre los viejos y ya seculares problemas del continente —los de su desintegración cultural a partir de las desintegraciones políticas y económicas que acarrió su balcanización— se superponen los nuevos derivados de las cada vez más difíciles relaciones de las universidades con el medio social al que sirven, todo ello teniendo como trasfondo una remoción social que si ha alcanzado a las instituciones educativas es porque previamente ya había afectado a la comunidad latinoamericana entera" (Angel Rama).

Pero si bien es cierto que la Universidad trata de frecuentarse con las necesidades de la sociedad, el plano en que lo ha hecho hasta ahora ha sido el de las meras proposiciones. De aquí que se le exija superarlo en la práctica. Esto ha de ser a través de la función de extensión, que sería puesta al mismo nivel de las funciones de docencia e

